


 HARLEQUIN™  


# Bianca™

3  
NOVELAS  
inolvidables

Annie West  
DESEO EN LA ISLA

Kate Hewitt  
HIJO DEL DESIERTO

Cathy Williams  
DE NIÑERA A ESPOSA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18  
28036 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
N.º 438 - noviembre 2022

© 2009 Annie West  
Deseo en la isla  
Título original: The Savakis Mistress

© 2009 Harlequin Enterprises Ulc  
Hijo del desierto  
Título original: The Sheikh's Love-Child

© 2009 Cathy Williams  
De niñera a esposa  
Título original: Hired for the Boss's Bedroom  
Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.  
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.  
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1141-032-8

# Índice

## Créditos

### DESEO EN LA ISLA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

### HIJO DEL DESIERTO

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)

## [DE NIÑERA A ESPOSA](#)

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

\_\_\_\_\_Bianca™\_\_\_\_\_

DESEO EN LA ISLA  
Annie West





# Capítulo 1

EL LATIDO de su corazón retumbó en sus oídos tratando de acallar el sonido de sus roncas respiraciones. La suya y la de él mezcladas.

Su cuerpo estaba aún estremecido por el éxtasis que acababa de experimentar, un éxtasis que no había experimentado nunca antes.

Ella respiró e inhaló su fragancia: limpio sudor masculino, un aroma a piel almizclada y a algo indefinible que le hacía hundirse más en su hombro desnudo.

Acarició con su nariz aquella piel húmeda y como recompensa él se estremeció. Una mano grande se deslizó sobre su cadera y sus dedos largos acariciaron su carne desnuda, apretándola más contra su cuerpo caliente y perfecto. Ella estaba tumbada a medias sobre él.

Callie suspiró, deleitada. Él era fuerte, tierno y generoso.

Todo lo que ella jamás había tenido en un hombre. Todo lo que había aprendido a no esperar de un hombre.

Él la había llevado al paraíso. Había jugado con ella y le había dado placer hasta que la realidad había irrumpido en aquel edén.

No había experimentado jamás una satisfacción tan intensa como aquélla que había sentido en sus brazos. Siempre estaría agradecida por el regalo que le había hecho él aquel día. El placer compartido que la había conectado, aunque hubiera sido brevemente, con él. Aquel



sentido de unión, aún más que el deleite físico, entibiaba todo su ser.

Ella se había sentido sola tanto tiempo...

Desde el momento en que lo había visto en su viejo yate, con sus anchos hombros desnudos y brillantes, dorados con el sol, ella había sentido algo especial. Él representaba la masculinidad más absoluta, era tan perfecto que la había dejado sin aliento.

Ella, Callie Lemonis, ¡que no había mirado a un hombre con deseo en siete años! ¡Quien había pensado que no volvería a hacerlo!

Durante días había intentado ignorar al extraño que había invadido el aislamiento de aquella playa privada. Que había invadido su refugio. Todas las mañanas, tumbada debajo de los pinos, cansada de nadar, había intentado concentrarse en un libro. Pero inevitablemente su mirada se había desviado a su barco, donde estaba él, pescando o nadando en las claras aguas de la bahía.

Aun con los ojos cerrados, había sentido su presencia, como él había sentido la de ella.

¿De verdad había tenido que preguntar él por el camino al pueblo más cercano? El inquietante brillo de su ojos le había hecho pensar que no. Pero por una vez Callie había reaccionado ante aquella mirada de apreciación masculina. No la había irritado ni molestado.

Él había observado cómo se había sentido ella cuando lo había visto.

Atrapada por sus ojos oscuros, Callie se había sentido a la deriva en el mar Egeo, totalmente fuera de la realidad. De sus planes de futuro, del dolor del pasado, y hasta de la desconfianza que tenía hacia los hombres. ¿Qué importaba la confianza frente a aquella potente atracción? Era algo tan extraordinario como sencillo.

Sus labios se curvaron en la piel de él. No pudo resistir la tentación de darle un beso allí, de saborear su gusto a sal.

Un sonido entre un gruñido y un ronroneo vibró en su garganta viril, y ella tuvo un sentimiento de triunfo.

Tal vez la abstinencia sexual había hecho que aquella pasión fuera tan intensa. Ella tenía veinticinco años y él era su segundo amante. Quizás por ello...

Interrumpió su pensamiento al sentir una mano deslizarse por su pierna. Ésta hizo círculos con la suavidad de una pluma y se movió entre sus cuerpos para acariciar el interior de su muslo.

Callie respiró profundamente al sentir aquel cosquilleo en su interior. Sintió una punzada de deseo instantáneamente.

Un calor se irradió desde aquella mano a todo su cuerpo cuando ésta se deslizó hacia el lugar donde había latido el deseo hacía poco tiempo. Ella gimió cuando él la acarició tiernamente. Anonadada, notó que la excitación se apoderaba de su cuerpo como si fuera una creciente marea.

-¿Te gusta esto? -dijo él con perezosa satisfacción en su voz.

Y ella notó que él se daba cuenta de cuánto añoraba ella su tacto.

Él comprendía sus reacciones mejor que ella. Callie era una novata en aquello, pero hasta una mujer con poca experiencia podía reconocer a un experto en artes sensuales.

Ella puso las manos en su pecho para incorporarse levemente y poder mirarlo a los ojos.

Él estaba sonriendo sensualmente, invitándola con la mirada. Su cabellera negra despeinada cayó sobre su frente. Ella miró su mejilla y luego desvió sus ojos hacia su cuello enrojecido.

¿Era aquello una marca producto de la pasión? ¿Lo había marcado ella con sus dientes? No podía haber sido tan salvaje...

-No podemos... -dijo ella-. Otra vez no.

Él alzó una ceja y sonrió, seguro. Ella se estremeció.

-Yo no estaría tan seguro de ello, pequeña -dijo él.

Él la acarició y su cuerpo femenino tembló.

Automáticamente ella le agarró la muñeca con la intención de apartar su mano. Necesitaba pensar. Pero no pudo quitar su mano. Su brazo era muy fuerte, y sus caricias una bendición.

-Abrázame mientras te toco -susurró él mirándola a los ojos.

Callie lo miró con sorpresa por aquel pedido erótico tan directo, y su corazón dio un vuelco. El calor que sentía entre sus piernas contrariaba su instintivo rechazo.

Después de haber hecho el amor tan desesperadamente aquello debería ser imposible.

Sin embargo, su tacto era... excitante. Como lo era la fuerza de su erección contra su muslo.

-No -dijo ella sin aliento. Cerró los ojos tratando de recuperar el control de su cuerpo. Tengo que marcharme... Tengo que...

-Shh, *glikia mou* -murmuró él con aquel tono aterciopelado. Quitó la mano para agarrar su cara y luego acarició la comisura de su boca, una zona erógena que él le acababa de descubrir-. Relájate y disfruta. No hay prisa. No hay nada más importante que esto -le agarró la cabeza y tiró de ella para besarla.

Fue un beso largo y seductor. La resistencia de Callie desapareció como el agua de mar en la arena. Sus huesos se derretieron mientras sus labios se abrían para que él poseyera su boca.

¿Cómo era posible que algo tan sin precedentes le pareciera tan bien?

-Puedes marcharte más tarde -murmuró él contra sus labios-. Después.

«Después», Callie se quedó pensando. Pero la palabra se desintegró cuando lo besó. Y perdió el poco autocontrol que le quedaba en el calor de la pasión.

Era tan fácil entregarse a su experta seducción... Echar por la borda toda una vida de cautela y vivir el momento. Olvidarse del mundo real y la dura lección que había aprendido. Sólo un rato más...

Una locura.

Eso era lo que había sido, pensó Callie mientras se miraba al espejo en la habitación de invitados. Ninguna otra cosa podría haber explicado el modo en que se había dejado seducir.

No, en realidad no se había dejado seducir, sino que lo había animado a que lo hiciera, deseosa de sentir su cuerpo alto y musculoso. Impaciente por probar la sensual promesa. Con ganas de sentir algo que no había sentido nunca, y que en aquel momento, para su satisfacción, había experimentado por primera vez.

«Con un extraño», pensó.

Sintió un estremecimiento al pensar en lo que había hecho. Ella, la mujer a la que la prensa del corazón había apodado *La reina de la nieve*, se había entregado apasionadamente a un extraño absoluto. No una vez. Ni dos. Sino tres veces sucesivamente.

El shock y la vergüenza se apoderaron de ella al recordarlo.

Y ni siquiera se había sentido incómoda al saber que él había llevado preservativos. Lo único que había sentido había sido alivio.

Él se había puesto un traje de nadador, lo que destacaba sus anchos hombros, sus caderas estrechas y sus miembros musculosos. El tipo de cuerpo que ella había visto en las playas en su tierra natal, en Australia, hacía mucho tiempo. No lo que ella hubiera esperado ver en una pequeña isla del norte de Grecia, alejada del turismo.

Ella conocía hombres atractivos, pero la dejaban fría. Su encanto y su atractivo físico jamás habían acelerado su

pulso.

Aquéllos dados al cotilleo se habían visto decepcionados, ya que durante seis años había sido leal a su marido, un hombre mucho mayor que ella.

Ni siquiera el hecho de que su marido sólo la hubiera querido para mostrarla como una posesión la había llevado a buscar consuelo en otro hombre.

Alkis había sido impotente y Callie había enterrado tanto su libido como sus emociones durante su desgraciado y estéril matrimonio. Además, los enfermizos celos de Alkis y sus temidos estallidos de ira habían hecho que ella mantuviera a distancia a los hombres. Había aprendido a deshacerse de los pertinaces con una fría gracia que había llegado a ser su sello.

Nunca había sentido aquel deseo al mirar a un hombre. Hasta aquel día, hacía unas horas, en la sala privada de la finca de su tío.

Había sido un momento de locura debido a la preocupación por la salud de su tía y por el estrés de aquellas vacaciones obligadas en casa de su tío. Por la liberación de una tensión insoportable después de aquellos terribles últimos meses con Alkis.

Un momento de locura frente a toda una vida de ser lo que su tía habría descrito como «una buena chica», que hacía lo que se esperaba de ella.

Los labios de Callie se torcieron en una sonrisa sin humor al verse en el espejo. No tenía aspecto de «buena chica» en aquel momento.

Había hecho lo que su tío había insistido en que hiciera, vistiendo un traje largo para la cena familiar. Se había recogido el pelo y se había puesto el colgante de diamantes y la pulsera a juego, lo único que le quedaba de los regalos de Alkis.

Pero la ropa formal no ocultaba su cambio.

Tenía las mejillas encendidas, le brillaban los ojos y los labios estaban hinchados, como si la hubiera besado un

experto. Y esa mirada de secreta satisfacción seguramente la delataría.

Debería estar mortificada por lo que había hecho.

No obstante, mirando a aquella extraña en el espejo, sintió unas ganas irreprimibles de escapar. De olvidar la cena formal que había organizado su tío y correr descalza a la playa para encontrar a su extraño.

Su amante.

El hombre del que no sabía ni siquiera el nombre.

Pero no podía hacer eso. La habían entrenado muy bien. Y aplacó despiadadamente su impulso de correr a los brazos del hombre con quien había compartido su deseo y su ser interior.

La tarde de locura había terminado, y tenía que olvidar a aquel hombre antes de que él rompiera todas sus defensas.

-Quiero que hagáis un esfuerzo especial esta noche, muchachas -tío Aristides transformó aquella afirmación en una amenaza. Miró amenazadoramente a su hija, de pie al lado de Callie-. Especialmente tú, Angela. Tu madre está mal otra vez, así que tienes que sustituirla -agregó en tono de reproche, como si su mujer hubiera planeado estar enferma.

Viendo la expresión de enojo de su tío y la mirada desolada de Angela, Callie se reprimió una respuesta. Habría sido su dócil prima quien hubiera pagado por ello.

-La noche será perfecta, tío. He supervisado al personal. La comida tiene un aspecto magnífico, y el champán es el mejor. Estoy segura de que causaremos una gran impresión a tu invitado.

Su tío estaba más susceptible que de costumbre, tratando de evitar cualquier problema. La pobre Angela estaba hecha un manojito de nervios, anticipando una explosión.

-Eso espero -contestó su tío-. Tenemos una visita importante esta noche. Un invitado muy importante.

Callie sintió un nudo en el estómago. ¿Qué habría planeado su tío? Aquello era algo más que una celebración familiar para su veinticinco cumpleaños. Los diamantes y los trajes de diseño no eran el atuendo habitual, aun en aquella casa donde la formalidad opresiva era la norma. Su tío planeaba algo.

Aristides miró a Angela, y Callie notó su mirada despiadada. Sabía bien lo malévolo que podía ser su tío.

-No te olvides de lo que te he dicho, Angela -ladró su tío.

-No, padre.

Su prima, con dieciocho años, era una muchacha insegura. Callie sabía que a Angela le costaba relacionarse con los socios de su padre.

-Esta noche será todo un éxito -dijo Callie, dando un paso al frente-. Tío, no te preocupes, yo me ocuparé de ello.

Si era capaz de tener la paciencia suficiente como para sonreír y escuchar interminables conversaciones acerca del gobierno o de los defectos de las jóvenes generaciones, lo haría. Cualquier cosa para prevenir un ataque de rabia que hiciera que Angela se encerrase más en sí misma.

Aristides Lemonis miró a Callie de arriba abajo como si estuviera buscando un defecto. Pero los seis años casada con un hombre rico, de mezclarse con la glamourosa alta sociedad le habían dado la habilidad de poder brillar en cualquier ambiente, y la experiencia de manejar cualquier situación social.

Una cena para cuatro, aun con el invitado más exigente, no sería problema para ella.

-Serás nuestra anfitriona -respondió su tío-. Pero no quiero que Angela se quede en un segundo plano como suele ocurrir.

Callie asintió al unísono con Angela. Sólo llevaba cinco días en aquella casa y ya sentía el viejo peso de la sumisión sobre sus hombros.

¿Era posible que hiciera sólo horas desde que había estado desnuda en brazos de un hombre? ¿Lo

suficientemente excitada como para hacer el amor con él en un bosquecillo de pinos de una playa solitaria?

En cuanto su tío salió de la habitación, Callie agarró la mano de su prima. Estaba fría.

-Todo irá bien, Angela. Estoy aquí contigo -dijo.

Los dedos temblorosos de Angela apretaron su mano y ella notó la desesperación de su prima. Luego Angela se apartó, levantó la cabeza y se marchó con la elegante compostura que se esperaba de las muchachas de la familia Lemonis.

Las mujeres de su familia aprendían pronto a ocultar sus emociones, a aparentar calma y a parecer estar de acuerdo en todo. A ser un adorno y una virtud para el hombre adecuado.

«El hombre adecuado», pensó Callie, y se reprimió un estremecimiento de horror. Se alegraba de que ella ya hubiera pasado aquello. Ya no sería jamás la apetecible posesión de ningún hombre, y mucho menos de un controlador obsesivo. Su recién estrenada independencia todavía la fascinaba.

No obstante un sexto sentido la inquietaba. Ocurría algo malo.

-¿Qué sucede, Angela? ¿Qué pasa?

Su prima miró hacia la puerta y contestó:

-El visitante -habló con voz temblorosa-. Papá está organizando mi matrimonio con él.

-¿Organizando tu matrimonio? -repitió Callie, horrorizada.

Sintió que el mundo se ponía al revés. Tuvo que agarrarse al respaldo de una silla.

Se vio nuevamente con dieciocho años, la edad de Angela. Esperando allí a que llegase él, el hombre con el que tenía que casarse, según le había informado su tío. Porque si no lo hacía destruiría su familia.

-¿Callie? -interrumpió sus pensamientos la voz de Angela.



Callie pestañeó para borrar la imagen que acababa de acudir a su memoria.

Otro matrimonio de conveniencia. Otro desastre.

Callie agarró la mano de Angela, sabiendo cuánto la necesitaba su primita. Recordando...

El sonido de los hombres acercándose penetró sus pensamientos. La voz de su tío se filtró, pero la de su invitado, aunque más baja, resonó más. A Callie se le hizo un nudo en el estómago al notar que aquella voz le era familiar.

Apartó la absurda idea. La noticia de Angela le había hecho perder el equilibrio. Como lo había hecho la inesperada tarde de pasión con el hombre más sexy del planeta.

Cuánto deseaba estar con él en aquel momento, en lugar de en aquel sofocante y opulento salón, siendo testigo de otra catástrofe provocada por su tío.

Callie respiró hondo. Angela necesitaba su apoyo. No podía entregarse a la debilidad por más que estuviera en estado de shock.

-Acabemos de una vez con la cena. Hablaremos luego -sonrió Callie a su prima-. No puede obligarte a nada. Recuérдалo.

Angela la miró, dudosa, pero no hubo tiempo de conversar más. Los hombres se estaban acercando.

Nuevamente el timbre de voz del visitante la estremeció. Ignorando la extraña sensación, dio un paso adelante. Y se detuvo de repente.

Tío Aristides sonreía mirando al hombre que estaba a su lado, luego hizo un gesto hacia el salón.

-Bueno, queridas mías, aquí está nuestro invitado. Quiero presentaros a un valorado socio en mis negocios, Damon Savakis.

Callie se quedó helada, muda al ver al visitante.

Estaba elegante vestido con aquel esmoquin con el que parecía haber nacido. Pero la perfección de la confección

no podía ocultar al hombre que había debajo. Un hombre que irradiaba energía y autoridad. Un hombre con la postura y la perfección de un atleta.

Su rostro era terriblemente atractivo, una escultura de poder y sensualidad masculina. A excepción de su nariz, que estaba levemente torcida, como si se la hubiera roto. Eso no hacía más que destacar su carisma y su corriente subterránea de salvaje masculinidad.

Él achicó los ojos al descubrirla, y la miró con un brillo de apreciación apenas disimulado. Aquella mirada provocaba cosas curiosas en ella.

A Callie se le secó la boca. Apenas fue consciente de la presencia de su tío, quien en aquel momento estaba haciendo adelantarse a Angela para presentarla.

Finalmente, Callie dio un paso adelante y extendió la mano mientras saludaba cortésmente.

-Encantada, *kyrios* Savakis. Es un placer conocerlo.

Él le agarró la mano. Ella se reprimió un estremecimiento al recordar al hombre que la había tocado tan íntimamente aquella tarde. Se echó atrás, pero él no la soltó ni dejó de mirarla.

Ella sintió pánico por un momento, pero enseguida se recompuso y tomó su papel largamente aprendido. Ignoró la mezcla de emociones en su interior y sonrió fríamente.

Damon Savakis tenía los ojos oscuros. Negros. Negros como una noche sin luna, suficientemente negros como para volver loca de deseo a una mujer.

Callie lo sabía porque los había visto antes. Había experimentado ya la embriagadora invitación de su descarada mirada.

-Es un placer conocerte, Callista -dijo él finalmente con una expresión ardiente en la mirada.

## Capítulo 2

CALLIE se quedó sin respiración.

¡Era él!

Le pitaban los oídos, sin embargo a su lado sólo sentía el fuego de su mirada.

¿Iba a casarse con Angela?

Imposible. Era un error.

Callie le hubiera tocado la mejilla para asegurarse de que era real. Habría aspirado su fragancia... Habría...

¡No!

La tarde de aquel día debía de haber sido un momento pasajero en su vida.

Pero ahora se encontraba cara a cara con el hombre que había destruido todas sus defensas. Ella solía mantenerse a distancia del sexo opuesto, para mantenerse a salvo.

Pero de repente se dio cuenta de que él tenía poder sobre ella. Porque le había hecho dejar a un lado su cautela. Abriendo su ser más íntimo para él.

Y ahora era demasiado tarde para cerrar la puerta de un portazo.

Aquella tarde sin darse cuenta había abierto una caja de Pandora de emociones y deseo físico. Sentimientos que había tenido encerrados durante siete años y que ahora volvían a despertarse.

Y no podía negarlos.

Sentía deseo por un hombre que estaba allí para cortejar a su prima.

¿Qué había sido ella para él?

Sintió un nudo en el estómago.

Desesperada por romper aquel lazo de conocimiento previo y deseo que latía entre ellos, Callie se dio la vuelta, haciendo un gesto brusco hacia el sofá. No le temblaban las manos, pero sólo ella conocía el estremecimiento que experimentaba su cuerpo.

-Tome asiento, por favor -dijo ella fríamente.

-Después de ti -él inclinó la cabeza e hizo un gesto como si fuera a tocar su espalda para animarla a sentarse en el sofá antiguo de estilo francés.

Aunque no la tocó, ella sintió el calor de su palma.

-No, por favor. Voy a servir un par de copas. ¿Qué le apetece? ¿Un cóctel? ¿Vino, jerez? ¿O algo más fuerte? Tenemos coñac...

-Gracias, un whisky.

Callie caminó rápidamente hacia el bar.

-¿Y tú, tío?

-Coñac, por supuesto -respondió su tío con tono severo.

Pero Callie estaba demasiado ocupada en controlar el temblor de sus piernas como para fijarse en la actitud de su tío.

No podía creer lo que estaba ocurriendo.

Conocía el nombre de Damon Savakis. ¿Quién no lo conocía? Dirigía una empresa que tenía intereses en todo el mundo, desde puertos deportivos a producción de yates de lujo. Desde exclusivos enclaves turísticos a líneas de barcos. Era tan rico como hábil para los negocios. Se decía de él que era agudo, despiadado, y que tenía la suerte de un demonio.

Y aún más, él era el mayor rival de la empresa Lemonis. Con toda seguridad su tío lo consideraba un enemigo y no un amigo.

¿Por qué se hospedaba en la casa de su tío en aquel hermoso pero viejo yate?

¿Habría sabido quién era ella? Después de todo la había encontrado en la finca privada de la familia. Pero de ser así seguramente habría mencionado su conexión con su tío.

Y sus planes de casarse con Angela.

A no ser que hubiera ocultado la verdad deliberadamente...

¿Se habría burlado seduciéndola mientras organizaba el matrimonio con Angela? ¿Se habría reído de lo fácil que le había resultado ella?

Sintió un gusto a bilis en la garganta.

Callie conocía muy bien a los hombres poderosos y sus diversiones. El modo en que usaban a las mujeres. Evidentemente su primera felicidad real en siete años había sido una traición.

Buscó torpemente los vasos.

-Déjame que te ayude -murmuró él desde detrás de ella-. ¿Prefieres vino?

Un largo brazo se extendió para agarrar el sacacorchos que ella tenía en la mano.

Sus palabras fueron inocuas, pero su aliento en su cuello femenino la estremeció. Su cuerpo detrás de ella le evocaba una intimidad que le hacía erizar los vellos de la nuca.

Sintió vergüenza. No podía controlar sus reacciones.

Educadamente asintió con la cabeza y se echó a un lado mientras él sacaba el corcho del vino. Pero su fragancia la envolvía.

-Así que volvemos a encontrarnos, Callista -susurró.

Ella levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Éstos la quemaron como un fuego. Era evidente que él recordaba lo que había sucedido aquella tarde.

-Es evidente que eres una mujer muy versátil. ¿Qué papel estás desempeñando esta noche? -la miró con un brillo de reproche en sus ojos.

-¿Qué quieres decir? -respondió ella, sorprendida por el inesperado ataque de Damon Savakis.

-Me refiero al cambio en unas horas de mujer libertina por muchacha de buena familia -hizo un gesto de desagrado-. Tienes un aspecto distante y frío en este momento, pero hace unas horas estabas seduciendo a un extraño total. ¿Te adaptas siempre tan bien a las situaciones?

Callie se quedó sin habla al oír su calculado insulto. Él tenía razón. Sin embargo, después de lo que habían compartido, ¿cómo podía despreciarla de aquel modo? ¿Por qué?

No había sido sólo ella la que se había entregado salvajemente en aquella playa. ¿Cómo se atrevía él a juzgarla?

-Me adapto tanto como tú, *kyrios* Savakis.

Se miraron a los ojos un momento. Luego ella apartó la mirada. Pero se encontró mirando sus manos sujetando la copa. Unos dedos largos y fuertes...

Y ella recordó sus caricias...

Él la miró y movió deliberadamente sus dedos. Y ella se sintió vulnerable. Desnuda.

Rápidamente ella le quitó el vaso y sacó una botella de whisky.

Pero él fue más rápido y agarró el vaso junto con sus dedos.

-¿Qué estás haciendo ahí? -preguntó su tío-. Callista, no debes monopolizar a nuestro invitado.

-Ya voy, tío -gritó ella tratando de quitar la mano.

-¿Qué ocurre, Callista? ¿No te alegras de verme? -preguntó él con tono seductor.

-Como amigo de mi tío, eres bienvenido aquí -dijo ella con labios entumecidos.

¿Qué quería de ella aquel hombre?

No parecía el mismo que le había hecho el regalo de una intimidad y una ternura desconocida para ella hasta

entonces.

-No es una bienvenida muy convincente, *glikia mou* -susurró él-. Yo hubiera esperado algo más cálido.

Ella se estremeció al oír aquel tratamiento cariñoso en aquella voz profunda.

¿Cómo era posible que reaccionase de aquel modo ante un hombre que no tenía vergüenza de seducirla cuando estaba allí para cortejar a Angela?

La experiencia de aquel día había sido arrolladora. El placer físico había sido el vehículo de sentimientos más profundos, incluso de una inesperada sensación de cura.

Pero era evidente que lo que había significado tanto para ella había sido una diversión para él.

Finalmente, ella fue capaz de quitar la mano y agarrar el coñac para su tío.

-Si me disculpas, le llevaré esto a mi tío. Es hora de que vayamos con los otros.

Damon no se movió. Le clavó la mirada, pero ella apartó sus ojos.

-¿Piensas venir a visitarme esta noche, Callista, para asegurarte de que de verdad me siento bien recibido? -dijo él en tono bajo.

Ella sintió pánico. Él se lo hacía a propósito, para hacerla sentir más insegura.

-¿Callista?

Ella levantó la mirada y se encontró con unos ojos llenos de deseo y de burla.

¿Le parecía graciosa aquella situación?, se preguntó ella.

-¿Quieres que te diga la verdad? -susurró ella-. Lo que menos quiero es estar obligada a compartir una comida con un hombre como tú, *kyrios* Savakis -ella dio un paso adelante.

Él no tuvo más opción que dejarla pasar, pero la miró con rabia.

Seguramente le parecería divertido haber seducido a una mujer a la que la prensa del corazón consideraba

«intocable», ¡y ella había creído que aquella experiencia había sido algo para atesorar!

Sintió náuseas.

Había sido una tonta. ¿No había aprendido acaso a no confiar en los hombres?

-¿Ése es el modo en que quieres jugar, Callista? -dijo él con tono de advertencia.

-No juego, *kyrios* Savakis.

Él era como los otros. Esperaba que ella se ajustase a sus caprichos. Pero ella era dueña de sí misma ahora. Era libre e independiente.

No obstante su corazón se estremeció al pasar al lado de él.

¿Cómo iba a sobrevivir a toda una velada con él?

Ella tenía la sensación de que su resistencia en lugar de mermar su vanidad la aumentaba.

No parecía ser del tipo que ignoraba un desafío.

-No, gracias -Damon agitó la cabeza cuando la criada fue a servirle vino.

-Venga, Damon. No hace falta que seas abstemio. No vas a conducir. Bebe, hombre -le hizo una seña al camarero y observó cómo su copa se llenaba de champán-. En esta casa sólo encontrarás vino de la mejor calidad.

-No lo dudo -respondió Damon mirando la lujosa mesa.

Poca gente imaginaría la situación económica de Aristides viendo aquella mesa llena de detalles lujosos. Lo cerca que estaba de la ruina, pensó él.

Pero Damon lo sabía. Damon era el hombre cuyo dinero podía salvar a Lemonis y a su empresa familiar.

O destruirla.

Él había trabajado toda su vida de adulto para que llegase el día en que Lemonis estuviera en sus poder. La necesidad de adquirir y desmontar pieza a pieza su preciada empresa había sido el motor de Damon durante



años. Era la venganza por lo que aquella familia le había hecho a la suya.

El brillo del colgante de Callista lo atrajo. Era fabuloso. Oro blanco con diamantes. Pero era demasiado ostentoso para su gusto. Una clara demostración de riqueza.

Ella le recordaba a muchas otras mujeres ricas que había conocido. Era el precio de las piedras preciosas lo que les importaba, no el mérito del diseño.

Mirándola en aquel momento, en su exquisito traje de alta costura no podía creer que fuera la misma mujer que lo había seducido de forma tan libertina. Aquella mujer le había mostrado una gran vitalidad y una sensualidad innata. Había habido algo sincero en su abandono. Algo generoso y, casi lo había creído, algo especial en ella.

Él había reaccionado a ella con un deseo tan intenso que lo había sorprendido. Desde entonces se había pasado las horas anticipando el siguiente encuentro, cuando sabría algo más sobre la mujer que lo había intrigado más que cualquier otra.

¿Cómo había podido ser tan crédulo?

-¿Estás admirando las joyas de mi sobrina? -preguntó el anfitrión con satisfacción.

Le gustaba mostrar lo que tenía, o lo que aparentaba tener. Cualquier hombre que necesitaba dos personas para servir una cena para cuatro intentaba impresionar, pensó Damon.

-Es fabuloso, ¿no?

Callista levantó la mirada. Su rostro era una máscara de cortesía. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Danton, él volvió a sentir aquella punzada visceral, aquella excitación.

Aquello le daba rabia. Debería ser capaz de controlar su deseo ahora que sabía quién era y lo que era. Un miembro consentido de la familia Lemonis que había querido pasárselo bien en la cama con lo que ella habría catalogado de tipo rudo.

Su sensual abandono, su reacción frente a él lo había fascinado en la playa. Pero desde el momento en que la había visto aquella noche se había dado cuenta de que lo que habían compartido aquella tarde no había sido más que una aventura excitante y barata para entretener a una dama de la alta sociedad hastiada de todo.

Demon miró a su anfitrión y luego a Callista.

-El collar es impresionante -murmuró.

Su mirada siguió la caída del colgante, el modo en que se escondía en el valle de sus pechos maduros, visibles en el amplio escote.

Ella sabía cómo mostrar sus encantos. Aquel pensamiento lo irritó. O quizás fuera la frialdad con la que lo miraba a él con aquellos ojos verdes increíbles. No estaba acostumbrado a las mujeres, sobre todo mujeres con las que él hubiera hecho el amor con tanta dedicación y se mostrasen indiferentes. O le dijeran que no era merecedor de compartir la mesa con ellos.

El sólo bocado de ella lo había dejado con ganas de más. Había pensado buscar a su amante sirena el día siguiente. Ahora había descubierto que la mujer de su fantasía no era más que una muchacha rica y consentida que se avergonzaba de lo que habían compartido aquella tarde.

Que se avergonzaba de él.

Aquello hería su orgullo, removiendo heridas que él había pensado que ya estaban curadas. Su rabia tenía el origen en su desprecio y en el hecho de que a él le importase éste.

Perversamente su frialdad encendía su deseo. Él no podía resistirse a un desafío. Y menos cuando ella quería ponerlo en su lugar como si fuera un sucio secreto. Como si, a pesar de su riqueza y poder, una Lemonis de sangre azul manchase su piel blanca permitiendo que un hombre como él, con orígenes en la clase trabajadora, la tocara.

-El gusto de Alkis siempre fue excelente, ¿no, querida?

-Ciertamente sabía lo que quería, tío -dijo ella.

-¿Alkis? -preguntó Damon.

-Mi marido -ella bajó la mirada.

«Su marido», pensó él. Aquella palabra retumbó en sus oídos. Sintió algo duro y frío en su estómago. La furia corría por sus venas.

Podría habérselo imaginado. Ella era una aburrida esposa de alta sociedad en busca de un poco de diversión. Eso era lo que había sido aquella tarde.

Ella lo había usado.

A su mente acudieron recuerdos de su vida antes de que hubiera hecho dinero. Cuando todos sus encantos habían sido su determinación y su instinto para el comercio. Y su apariencia. Las mujeres ricas se habían acercado a él, deseosas de aventura con un tipo tosco que se lo hiciera pasar bien.

-¿Tu marido no está aquí contigo? -preguntó Damon.

Le daba rabia haber dado rienda suelta a su libido sin haber averiguado antes quién era ella.

Ella lo miró. Tenía los ojos del color del mar en la cala donde había atracado su barco.

Por un momento él sintió aquella ilusión de unidad que habían experimentado cuando sus cuerpos se habían unido. Él había sentido más placer con ella que con ninguna otra mujer.

-Mi marido murió hace unos meses, *kyrios* Savakis.

Él notó que el brillo frío reemplazaba la momentánea calidez de sus ojos.

«¡Demasiado tarde, Callista!», se dijo él. Ella podía actuar como una mujer fría ahora, pero él había descubierto su fuego sensual.

Su pasión de aquella tarde no había sido producto del duelo por su marido. No había habido ninguna sombra oscureciéndola. No había habido ninguna añoranza por el pasado. Sólo lascivia.

Una viuda alegre más bien.

-Mi sentido pésame -dijo él.

Y Callista inclinó la cabeza brevemente. No había rastro de pena en ella. Y Damon se preguntó qué mujer perdía a su marido y no sentía nada. Y su instinto le decía, que fuera lo que fuera lo que ella ocultase, no se trataba de un corazón roto.

-Alkis siempre elegía lo mejor -dijo Lemonis-. Esos diamantes son de la mejor calidad.

-¿De verdad? -Damon se inclinó hacia adelante como si quisiera verlos mejor-. Son poco comunes. No he visto nada igual.

-Fueron hechos por encargo. Callista, muéstraselo mejor a nuestro invitado. No hace falta que te pongas de pie ceremoniosamente, muchacha.

-Tío. Estoy segura de que realmente no quiere ver...

-Por el contrario -dijo Damon-. Quiero verlos de cerca.

Si la familia Lemonis era lo suficientemente vulgar como para mostrar su riqueza, él se aprovecharía de la situación.

Él observó que Callista y su callada prima intercambiaban una mirada. Luego se puso de pie y rodeó la mesa en dirección a él.

Su cuerpo se balanceó seductoramente y él sintió que se excitaba. La luz captó el brillo de miles de abalorios de plata en su vestido. Cada paso acentuaba más sus curvas. Sus músculos se tensaron con el esfuerzo que hizo para quedarse quieto y no tocarla.

Cuando ella se puso delante, él aspiró su fragancia, un perfume caro. Lo sabía porque le había comprado uno similar a su última querida.

Damon se puso de pie, molesto porque le gustase más el perfume de su piel, enmascarado con aquel perfume sofisticado y artificial.

Sin embargo, le recordó que la mujer que había conocido antes, la mujer por la que él se había sentido atraído era una farsa.

Callista se quedó de pie. Sus pechos subían y bajaban, haciendo que el colgante brillase. Desde su punto de vista

Callista estaba mejor sin aquellas piedras. Simplemente, piel dorada desnuda a juego con el pelo color miel oscura que llevaba recogido.

Damon tocó uno de sus pendientes. Ella tembló y las piedras emitieron destellos. El vello de sus brazos se erizó, mostrándole su reacción hacia él. No podía ser el frío lo que provocase su reacción en una noche tan cálida como aquélla.

El cuerpo de Damon se excitó.

A él le gustaba saber que ella no estaba tan tranquila en su presencia como aparentaba.

-Notables -murmuró él, acercándose más, como si quisiera ver el colgante, pero asomándose en realidad a su escote.

Sus manos recordaron el tacto de sus pechos.

-Lo son, ¿verdad? -comentó Lemonis-. Alkis siempre ponía su dinero en lo que lo valía.

-Estoy seguro de que tienes razón -dijo Damon mirándola a los ojos.

¿Cuál había sido el precio de ella?, se preguntó Damon.

Ahora se daba cuenta, recordaba la historia. Una pena que no lo hubiera recordado antes. Sus averiguaciones acerca de la familia Lemonis sólo habían revelado una hija, y ninguna sobrina escandalosa.

Aquélla era la mujer que con diecinueve años había sido la comidilla de toda Atenas cuando se había casado con un rico americano de origen griego con edad más que suficiente como para ser su padre. Había cambiado su juventud y su belleza por un estilo de vida lujoso y un nombre prestigioso, vendiéndose como una esposa-trofeo.

Damon había estado en el Pacífico en aquel tiempo, terminando el trabajo en el complejo de un lujoso puerto. A su regreso, todo el mundo había hablado de la pareja. Y sabía por qué. Callista era deslumbrante, una de las mujeres más adorables que había conocido.

Tan hermosa como su nombre.

Pero su cuerpo escondía un rasgo mercenario. Era una mujer sin corazón que se había vendido por una vida de lujos.

Deliberadamente se apartó y descubrió la mirada sobresaltada de la otra mujer presente allí.

-Pero a veces no son las fabulosas joyas lo más deslumbrante -dijo en voz baja-. A veces un estilo más natural es el mayor atractivo.

Él oyó la exclamación sofocada a su lado. Callista debía estar acostumbrada a ser el centro de atención a expensas de la callada prima. Ella debía haberse dado cuenta del insulto en su voz.

-Tienes razón, Damon. Absolutamente -dijo Lemonis mientras Callista volvía a sentarse al otro lado de la mesa-. A veces la verdadera belleza es algo más sutil.

La sutileza no era una virtud que tuviera su anfitrión. No había duda de que se moría de ganas de subrayar las virtudes de su hija. Y también era evidente lo incómoda que se sentía ésta mientras su padre no paraba de hacerlo.

Damon achicó los ojos mientras se daba cuenta de la situación.

¿Pensaba Aristides que él, Damon Savakis, quien podía escoger a cualquier mujer que quisiera, estaría interesado en un pequeño ratón tímido que no podía mirarlo sin siquiera ponerse colorada? Bajo la mirada de su padre apenas había hablado. Luego, Lemonis empezó a señalar la importancia de las conexiones de la familia, de confianza entre aquéllos que tenían intereses comerciales y personales en común.

Así que eso era lo que esperaba Lemonis, que él se interesara por su hija, pensó Damon.

El hombre estaba loco.

O quizás, más desesperado de lo que él había pensado.

¿Sabría que él tenía intención de dismantelar su empresa?